

recióle un acto gentil y cordial, por lo cual le respondió:—Puesto que lo quereis, sea. Mas os doy mi palabra de que no cesaré de acariciar mis ideas, hasta que haya tocado su fondo. Soy así.

XL.

COSITAS DE MENOS QUE NADA.

En esto entraba la condesa Giacinti para invitar á sus huéspedes á ir al comedor. En la mesa no se pronunció palabra sobre religión ó irreligión; hablóse naturalmente de los placeres que ofrecía el sitio y el tiempo. Imaginando la condesa complacer al joven John, á quien había visto armado con su fusil, prometió hallarle un guía para la caza, que era el repartidor de la correspondencia del pueblo. Dijo, dirigiéndose á la señora:—Os lo doy por un hombre de bien á carta cabal; hará compañía excelente á vuestro cazador. El yerno de la condesa, corroborando sus palabras, añadió:

—Pierone (así llamábase aquel) es una copa de oro: no es malo con los pajaritos. Me ha proporcionado sesenta ó se-

tenta de los que mas infestan el país: he mandado que los disecaran en Florencia, con el fin de adornar algunos armarios, que os haré ver después de la comida.—

John no contestaba la menor cosa: tenía por una parte pocas ansias de recorrer el campo, y por otra tenía menos aún de manifestarse desde luego un cazador fantástico. Julia tomó la palabra á fin de sacarle del atolladero.—Pues bien, dijo; mientras el señor John dará batallas campales contra los príncipes del aire, nosotras haremos guerra formal á las alondras, á las curujas y los pinzones.

—¡Oh! dijo la marquesa Lauri: ¿también vos, señorita, teneis espíritu batallador? ¿Disparais?

—No; marquesa, respondió Julia; podremos, con todo, sin ser demasiado crueles, cazar de mentirijillas.

Si es sólo esto, replicó la dama, descenderé gustosamente al campo con vos y con estas caras niñas... Conduciré también á mi Horacio, y si por añadidura mistress Needle hace de capitana, formaremos una intrépida compañía; ó á lo ménos un piquete de amazonas.

—¿Quién lo duda? se puso á decir el marido de la marquesa. Bien que la esta-

ción no sea demasiado favorable para coger pájaros á nuestro modo, podrán estos señores conocer algunas de las cazas del país...

—E introducir las después en nuestras regiones, añadió John. Las aprenderé hasta llegar á ser maestro.—

Esta breve frase del hijo bastó para ensanchar el corazón de mistress Needle.—A lo menos, dijo para sí, se acabó el enfado.—Apetecía vivamente que se ocupase John en la más extraña é inútil cosa del mundo, con tal de arrancarlo de su afán por las especulaciones bíblicas y papistas. A fin de corresponder, se dirigió á la marquesa, diciendo:—Sólo me desplace que mis negocios de Inglaterra me impedirán descansar mucho en estas colinas deliciosas; mas mientras estemos, nos hallamos todos decididos á llevar la vida más disipada que sea posible... Hareis de mí una cazadora, ó lo que os plazca.

¡Oh! En cuanto á esto, todos estaremos conformes, dijo la condesa madre. En honor de la verdad, si verdaderamente tuviésemos la ocurrencia de pasar alguna mañana en el bosque, sólo tendríamos que advertir á uno de nuestros campesinos: en todas las estratajemas para cazar pájaros

es doctor *in utroque*, y nos prepararía cuantas cazas ansiásemos. Habladle sólo de sitios buenos para pescar, de jaulas, de trampitas, de redes, de arcos pequeños y de lazos: vereis que vale tanto como dar á un torrente salida. Figuraos que todos los inviernos se deja caer en Maremma para ejercitar la profesión de vendedor de mirlos.

—¡Muy bien! exclamó la Needle, mostrando vivo interés por una cosa que interesábale sólo para distraer á Jhon. Mas no deseo. Quisiera que mis niñas hicieran un poco la vida campestre, á fin de que aumentaran sus fuerzas, antes del viaje. Miss Julia las conducirá, juntamente con vos, á la caza, y no prometo no acompañarlas alguna vez.

Entre cuyas palabras y designios placenteros, había terminado la comida muy alegremente, sin que faltase aquella expansión que nace con facilidad tratándose de personas buenas y bien educadas. Contribuía no poco á esto la sencillez de la comida, espléndida y copiosa, más al uso inglés que al toscano, y nada ostentosa. Las muchas flores que cubrían la mesa y el pavimento, anunciaban la primavera; objetos de plata (ni pocos ni muchos) res-

plandecían entre aquellas, y sus artísticas entalladuras decían que la casa era muy rica de antiguo. Mistress Needle gozaba de una manera indecible, por el amoroso recibimiento, confesándose así propia:— Verdaderamente es diez veces más fácil conseguir la hospitalidad italiana que la inglesa . . . ; tenemos tanto corazón como los italianos, y más; pero no lo demostramos pronto.—John no se deshacía en ceremonias, sin escapársele por ello acciones ni palabras groseras. Clara y Clemencia, después de las repetidas lecciones de Julia, no eran las salvajitas de antes, sosteniendo por el contrario, muy bien la conversación, atendida su edad; y pronunciando algunas frases italianas, que eran celebradas y aplaudidas con grandísimo júbilo de su madre.

Un gracioso regalo los aguardaba en el salón del café. El niño del marqués llevaba para ellos un azafate, dentro del cual había brescas de miel fresquísima y olorosa, que descansaba en el suelo, sobre hojas aromáticas y flores. Habíale su padre adiestrado antes, diciéndole cuanto tenía que hacer y decir: el infante, sin vacilar un punto, saludó graciosamente á la señora Needle, y dijo:—Si lo permitís, ofrece-

ré yo esta poca miel á las señoritas vuestras hijas.—

Mistress Needle le respondió con una caricia, y apretando uno de sus carrillos, dióle un beso en el otro, diciendo:— Gracias, Horacieto; eres un botón de rosa como tu mamá, y gentil como tu padre.

Añadió, volviéndose á la marquesa, que á su lado hallábase sentada:—Me colmais y me confundís con tantos favores.—

Las niñas estuvieron prontas á recibir el regalo no sin alguna vergüenza, y mirando á su madre, que animábalas para que aceptasen, diesen las gracias á los señores, y llevasen la fuente á todos. Entonces dijo la marquesa:—Vos no sabeis que esta miel me cuesta más á mí que á las abejas ¿Veis aquel hombre? (mostraba con el dedo al marido) El mismo cultiva tales frutos. Cuando vivimos en el campo, no lo puedo sacar de las colmenas, y cuando estamos en la ciudad, desaparece sin saber cómo: hállasele aquí entre las abejas, que cuida con su mano: yo estoy encima de él siempre, temerosa de verlo un día ú otro volver desfigurado ó ciego por aquellas bestias vengativas.

—En suma, dijo la condesa Giacinti en broma, debeis compadecer mucho á mi

hija; tiene un esposo ¡pobre! que la provee á su riesgo de toda dulzura.

—Pues no, dijo entonces el marqués; no hay peligro de ninguna especie. Oír no puedo calumniar á mis discípulas sin ser su abogado. Como aquellos amados animalitos se conocen mal, tienen fama de tercas, de rabiosas y de malignas: el mundo es malo aun con las abejas. Mas yo que las conozco de cerca, sé que constituyen un pueblo educado y cortés. Cuando querais visitarlas, juntamente con vuestras niñas, quedareis convencida también con los hechos. Venid con la cara descubierta; con tal que no tembleis al oírlas zumbar á vuestro alrededor, nial ver cómo ligeramente se posan en la cara ó en el cuello, os aseguro que os harán un cordialísimo recibimiento.

—Iré yo, dijo John; quiero ver si Virgilio dice la verdad en sus *Geórgicas*.

—Muchas más cosas vereis, añadió el marqués, que Virgilio no dijo ni supo. Las abejas, en nuestros días tienen una historia natural completísima, de la que apenas conocieron los antiguos los elementos primordiales.—

Entre tanto Julia y las niñas, guiadas por Horacio, habíanse deslizado á la estan-

cia vecina, donde estaba la colección *ornitológica*: su maestra gentil, vistas las piezas en estado excelente y bien arregladas, las recorría una por una, y se fijaba por querer dar algunas lecciones de ornitología á sus alumnas, á lo menos como pasatiempo en los días lluviosos. El infantil Horacio, según suelen hacerlo los niños, quiso mostrar á los huéspedes su juguete favorito, que era precisamente un pájaro vivo, esto es, una corneja, grande como un pichón, que habían tenido encerrada hasta entonces en el gallinero, para que no fastidiase á los forasteros con su petulante familiaridad. Al abrir la portezuela, el pobre animal, como si tuviese corazón y entendimiento, saltó gozoso al brazo que le preparara su pequeño señor; sacudiendo además sus hermosas alas moradas, y agitando la fiera cabeza linda de color entre negra y azul turquí, daba las más clamorosas acciones de gracias con una salva de *que, que, que*. Tan cortés acto de gratitud enamoró á todos, y resolvióse darle su desayuno, ya demasiadamente diferido. Horacio, acariciándole y acercándole los carrillos, lo llevó á la mesa, no levantada todavía; y la valiente corneja, parándose un poco sobre uno de los ángulos como pa-

ra deliberar sobre lo que debía escoger, al fin se decidió por un poco de carne, que puso entre sus zampitas, devorándola en un instante; después se dirigió derechamente á una frutera de pasas y de pepitas tostadas, que abrió muy bien, probando luego mazapan: por último, habiendo visto un pequeño vaso de clarito encarnado, metió y volvió á meter allí el pico, beborroteando gallardamente. Entonces el niño corrió á la sala para encontrarle un pedazo de bresca, que ebidó parecerle bien, porque habiéndose comido una parte llevóse consigo la otra, con el fin de guardarla. Los niños le siguieron. Vieron al pródigo animalito colocar la provisión dentro de una silla, junto á la puerta de su mansión, y luego acumular á su alrededor papel, hojas, aristas, etc., hasta cubrirla, espiándola después cuidadosamente desde varios puntos, ó inclinar la cabeza para ver si estaba bien escodido su tesoro, de forma que no se descubriese desde ninguna parte. No satisfecho aún, se puso en centinela; y porque Julia hizo como que se acercaba, la corneja, hinchadas las plumas, extendidas las alas, bajó la cabeza en actitud de defenderse de una manera tan

terrible, que se le debió dejar en posesión pacífica de su adquirido tesoro.

En el ínterin, el pequeño Horacio contaba muy alegremente los hechos y las proezas maravillosas de *Quequé* (tal era el hombre del pájaro); cómo lo habían cazado jóven, en una llanura cubierta por completo de nieve, donde Domingo el pajarero había preparado la única insidia en la cual se dejan coger aquellos astutísimos animales.—Se abrió sitio, decía Horacio, y sobre aquel lugar descubierto se pusieron algunos cucuruchos de papel del diametro de una cáscara de nuez, abiertos en el fondo, y con un puñadito de grano dentro. Las cornejas tuvieron largamente consejo, voceando, graznando, chillando y llenando el aire de vueltas y de danzas, antes de resolverse á bajar. Descendieron por fin; á poco, hé aquí tres ó cuatro que llevaron su pico á los cucuruchos, quedando con la especie de cofia encolada en la cabeza, que las impedía ver. Trataban entonces de librarse, agitándose, y dando en tierra con el pico, lo cual equivalía por cierto á ponerse una venda en los oios. Desesperadas, emprendieron el vuelo alto y rápidamente, por fin, hasta que, aturridas y fatigadas, se dejaron caer á plomo

en el suelo. Al decir Horacio esto, gesticulaba elocuentemente, imitando las posturas y actitudes de la pobre corneja; volvía-se después para consolar á la infeliz prisionera, prometiéndole darla mucho queso, muchos confites y cuanto le gustase.

Entre tanto no veía que para oír sus declamaciones había venido su familia con John y la señora Needle, que, oída la gran algazara de los niños, habíanse acercado muy poco á poco á sus espaldas. Continuaba Horacio su panegírico, descubriendo las raras virtudes de *Quequé*, diciendo que pronto se le domesticó, aficionándose á la casa, de tal suerte que no huía ni aun cuando le dejaban volar libremente por el jardín. Su mérito principal era hacerle á él, Horacio, un nuêvo recibimiento cada vez que volvía de fuera, mostrándose tan enamorada de su persona, que par la mañana-casi al salir el sol, iba á invitarlo para que se levantase, con ciertos grazniditos quedos y corteses, aguardándole en silencio pacientemente sentado en una silla, si por ventura tardaba á obedecerlo. Otras cosas peregrinas sabía el cuervo hacer: gustábale muchísimo el humo, por lo cual tenía gran afición á mirar el campo si se disponía una fumigación, siendo capaz de

condecir él mismo astillas y trapos, así como de pararse para contemplar cómo ardían y ahumaban. ¿Qué más? ¿Qué comía el fuego, no ya fingiéndolo como los saltimbanquis, sino realmente, tragándose vivos los pequeños carbones que caían al suelo, como también los pábilos de las luces, bellos y encendidos, y

Llegado á este punto, abrazó la marquesa por las espaldas á su pequeño predicador, y besando su mejilla:—Horacio, le dijo; ¿quieres por lo visto hablar tú siempre sólo?—El niño advirtió entonces la presencia de su familia y de los señores forasteros, avergonzándose un poco. Las buenas madres se alegraron viendo que sus hijos habían estrechado amistad y que todo era común. Gozaba especialmente la señora Needle, que vivía y disfrutaba mucho con sus hijos: entre aquellos pasatiempos juveniles, alimentaba la esperanza dulce de que su primogénito, ocupado en placeres de familia, olvidaría de sus aficiones religiosas.

Aumentó su esperanza en los días siguientes: se cree lo que se ama.

XLI.

LA ORNITOLOGIA MORAL.

Pasaban los días velozmente para mistress Needle, que creía ver realizado su sueño. John primeramente sabía disimular tanto, que su muy experta madre se equivocaba. Bien que invirtiese algunas horas en examinar los papeles que le diera sir Roberto Smih, siguiendo las indicaciones de mis Julia, mostraba tomar parte activa en los entretenimientos de los demás. Hallábase á veces aquí ó allá, con la *Ornitologia toscana* de Sabi, libro que pidiera prestado al marqués Lauri. No había dicho palabra del fusil, ni de la ca-